



LA LEYENDA DEL MONTE DE SAN MIGUEL

DESDE Cancale había visto aquel castillo de hadas, erguido sobre el mar; le vi confusamente como una sombra gris que se alzara en el fondo del cielo encapotado.

Volví á verle desde Avranches á la puesta del sol. La inmensa extensión de arena estaba roja, rojo el horizonte, y la bahía inmensurable roja también; sólo el monasterio, que se alzaba en un risco, á distancia, y aislado como un castillo roquero, asombroso como un palacio soñado, raro y bello de un

modo inverosímil, ofrecíase casi negro, entre las púrpuras del día moribundo.

Dirigíme al amanecer, atravesando el arenal, con la vista fija en aquella monstruosa joya, grande como una montaña, cincelada como un camafeo, vaporosa como un tul. A medida que me acercaba, sentía crecer mi admiración, pues no es posible que haya en el mundo nada más asombroso ni más perfecto.

Vagaba sorprendido como si hubiese descubierto la morada de un dios, á través de salones donde se alzaban columnas ligeras ó pesadas, por galerías abiertas á la luz; alzando mis ojos maravillados sobre los campanarios que parecen flechas dirigidas al cielo, y sobre la increíble mezcla de torres, de gárgolas, de ornamentación esbelta y preciosa; fuegos artificiales de piedra, encajes de granito, obra maestra de arquitectura delicada y colosal.

Un campesino se acercó á mí, explicándome la historia de la ruda contienda que sostuvo San Miguel con el Diablo.

Un escéptico genial, ha dicho: «Dios hizo al hombre á su imagen, y cada hombre imagina sus dioses á su modo».

Encierra esta frase una verdad eterna; y sería muy curioso hacer en cada continente la historia de su

divinidad especial y en cada provincia la de su santo patrón. El negro tiene ídolos feroces que devoran hombres; el mahometano, polígamo, puebla de mujeres su paraíso; y los griegos, como gente práctica, habían divinizado todas las pasiones.

Cada pueblo de Francia tiene su patrono, un santo cuyas virtudes modifican sus patrocinados con arreglo á sus gustos.

San Miguel es el patrono de la Baja Normandía; San Miguel, ángel radiante, victorioso, héroe del cielo, vencedor de Satán. Pero he aquí de qué modo el normando, astuto, cauteloso, cazurro y quisquilloso, comprende y explica la lucha del Ángel con el Diablo.

Para librarse de las ruindades del Diablo, su vecino San Miguel construyó, por sí mismo, en pleno mar, aquella mansión digna de su rango divino; y verdaderamente, sólo un ángel podía construir tan hermosa residencia.

Pero, temiendo aún los ataques del Enemigo, rodeó su dominio de arenas movedizas, más pérfidas que las olas.

El Diablo habitaba una humilde cabaña en la costa, pero poseía los prados regados por el agua salada, las tierras productivas que dan abundantes cosechas, los ricos valles y las riberas fecundas de

todo el país; mientras el Angel reinaba sólo en las arenas; de modo que Satanás era rico y San Miguel pobre como una rata.

Después de unos años de ayuno, el Angel, aburrido de aquella situación, decidióse á tratar con el Diablo; pero no era fácil, porque Satanás estimaba en mucho sus cosechas.

El Angel reflexionó durante seis meses, y por fin, una mañana, se dirigió á la tierra. El Diablo estaba sentado á la puerta de su cabaña comiendo

unas sopas, cuando vió que se acercaba el Angel; salió al punto á su encuentro, besó el borde de su manga, le hizo entrar y le invitó á que descansara.

Después de beber un cuenco de leche, San Miguel tomó la palabra y dijo:

—Vengo á proponerte un buen negocio.



El diablo, cándido y sin desconfianza, contestó:

—Me gusta.

—Oye: necesito que me cedas todas tus campos.

Satanás, inquieto, quiso hablar:

—Pero...

El Angel añadió:

—Aguarda un poco. Me cederás todos tus campos. Yo me encargaré de su cultivo, labrándolos y sembrándolos; después repartiremos la cosecha por igual. ¿Estás conforme?

El Diablo, naturalmente perezoso, aceptó, pidiendo solamente, además, algunos de los sabrosos mújoles que se pescan alrededor del monte solitario, y San Miguel accedió á su pretensión.

Diéronse las manos, escupieron por el colmillo, en señal de haber cerrado el trato, y el Angel repuso:

—No quiero que puedas quejarte de mí. ¿Qué prefieres? ¿Los frutos que se críen sobre la tierra, ó los que se produzcan bajo tierra?

Satanás exclamó:

—Elijo para mí los que se críen sobre la tierra.

—Conformes—dijo el Angel; y se fué.

A los seis meses, en la inmensa propiedad del Diablo sólo crecían zanahorias, nabos, cebollas, achicorias, todas las plantas cuyas raíces carnosas

son alimenticias y agradables al paladar, y cuya hoja inútil sirve, á lo sumo, para alimento de las bestias.

Satanás no tuvo cosecha y quiso romper el contrato hecho con San Miguel, tratándole de maligno.

Pero el Angel, habiéndose aficionado á las faenas agrícolas volvió á buscar al Diablo, y le dijo:

—Te aseguro que no tengo la culpa; lo hice sin pensar, sin mala intención; y para indemnizarte te ofrezco para este año todo lo que se produzca sobre la tierra.

—Me conviene—dijo Satanás.

En la primavera siguiente, todas las tierras del Diablo hallábanse cubiertas de frondosos trigos, avenas altas como torres, lino, berzas magníficas, guisantes, coles, alcachofas: todo cuanto se abre al sol en granos ó frutos.

Satanás tampoco tuvo cosecha; enfadóse, hizose nuevamente cargo de sus tierras y no quiso escuchar otras proposiciones de su vecino.

Pasó un año. Desde lo alto de su aislada mansión, miraba San Miguel la tierra lejana y fecunda. Viendo al Diablo dirigir sus labores, recoger las cosechas, trillar los granos, rabiaba desesperándose por su impotencia. No pudiendo ya engañar á Satanás, resolvió vengarse, y le invitó á comer para el siguiente lunes.

—No has estado muy afortunado en tus negocios conmigo—le dijo—; pero no quiero que haya entre nosotros rencor, y te invito á comer en mi casa. Te daré sabrosos manjares.

Satanás, tan glotón como perezoso, aceptó en seguida. El día convenido vistióse con sus mejores ropas y encaminóse al Monte.

San Miguel le hizo sentar á una mesa magnífica, y al punto les sirvieron un pastel de crestas y menudillos de gallina; luego, dos magníficos mújoles á la crema, un pavo relleno de castañas confitadas en vino, una pierna de carnero tierna como un hojaldre y, por fin, legumbres que se deshacían en la boca y buenas tortas calientes, que olían á manteca. Bebieron sidra pura, espumosa y dulce, vino tinto y fuerte, y al final de cada plato, echaron un trago de añejo aguardiente de manzanas.

El diablo comió y bebió, embaulando todo lo que le servían, hasta sentirse ahito y flatulento, de tal manera, que no pudo contener un desahogo.

Levantóse indignado San Miguel, rugiendo con voz atronadora:

—¡En mi presencia te atreves! ¡Canalla! ¡En mi presencia!...

Satanás, asustado, echó á correr, y el Angel, cogiendo un bastón, le persiguió.



Los dos corrieron por las salas bajas, alrededor de las columnas, y subieron por las escaleras aéreas; galoparon á lo largo de las cornisas, saltando de gárgola en gárgola. El pobre Diablo, dolorido por los retorcionjes de tripas, iba emporcando la mansión del Angel. Así llegó á la última terraza, en lo más alto, desde donde se descubre la bahía inmensa con sus pueblecitos lejanos, sus arenales y sus



praderas. No pudo ya seguir corriendo, y el Angel, dándole un furioso puntapié, le hizo cruzar el espacio como uno bala.

El Diablo cayó violentamente junto al pueblo de Mortain. Sus cuernos y las uñas de sus garras penetraron en la roca, donde se conservan imborrables huellas de la caída de Satán.

Levantóse cojeando, lisiado hasta el fin de los siglos, y viendo en la lejanía el Monte fatal, erguido en la cumbre, arrebolado por la puesta de sol, comprendió que siempre saldría vencido en aquella lucha. Y arrastrando la pierna, se fué hacia países lejanos, abandonando á su enemigo, campos, riberas, valles y prados.

Así fué cómo San Miguel, patrón de los normandos, venció al Diablo.

Otro pueblo habrá imaginado esta batalla de otra manera.



UNA VIUDA

L.M.